

La dura Patria

Paulina Rivero Weber

A partir de la lectura de Ramón López Velarde y de su “Suave Patria”, la filósofa Paulina Rivero Weber reflexiona en torno al México actual y propone una educación que abarque las humanidades y las ciencias para salir de la miseria cultural y social que padecemos actualmente.

*Para Octavio Rivero Serrano,
por su incansable labor educativa.*

Recientemente me encontré inmersa en la obligación de escribir un prólogo para una nueva presentación de “La Suave Patria” de Ramón López Velarde. Acudieron a mi memoria los momentos que en la escuela secundaria nos hacían aprender esos versos. Recuerdo sobre todo el principio del Primer Acto:

Patria, tu superficie es el maíz,
tus minas, el palacio del rey de oros,
tu cielo las garzas en deslíz,
y el relámpago verde de los loros.

Para la estudiante que yo era en la escuela secundaria, las clases de civismo eran tan sólo una obligación más, al igual que lo era memorizar estos versos. Pero su lectura finalmente dejó imágenes de lo que por mucho tiempo implicó para mí la mexicanidad, esto es, el sentirme parte de este país. Recuerdo luego el impacto cuando comprendí la imagen “el relámpago verde de los loros”, en medio de la selva de Quintana Roo. Una de aquellas aves cruzó el cielo y se me reveló que en efecto existe el relámpago verde de los loros. Pero la triste verdad es que hoy esos versos para mí quedan aun más lejos que aquella época en que por primera vez los leí, y me doy cuenta de que la palabra “Patria” me dice ya muy poco.

Debo señalar que el prólogo que escribí a los versos de López Velarde formó parte del homenaje que un hombre al que mucho admiro quiso hacer a su patria en el Centenario de la Revolución y Bicentenario de la Independencia. Cuando me invitó a escribir ese texto, me dijo que se trataba de un regalo: de su regalo a la patria en su doble festejo. Curioso: no se trataba de un regalo a un grupo de personas que pudieran llamarse “mexicanos”, sino a una entidad, a esa entidad que él llamaba “Patria”. Me llamó la atención la posibilidad de ese pensamiento. ¿Quién o qué es la Patria, para pensar en hacerle un regalo? Acepté escribir este prólogo temerosa casi como una especie de experimento y la experiencia fue más que reveladora, en el más radical sentido de la palabra “revelar”.

Primeramente, para hacerle justicia a López Velarde me di a la labor de leer sus libros y su vida, y quedé impresionada ante un poeta mexicano cuya grandeza conocía, pero nunca me había preñado. Esta ocasión la fuerza y la belleza de sus versos me atrapó...

Yo tuve, en tierra adentro, una novia muy pobre:
ojos inusitados de sulfato de cobre.

A esa “tierra adentro” de López Velarde se llega penetrando caminos lejanos: es la provincia mexicana. En



De *No anunciar* de Enrique Bostelmann, 2003

el poema la pobreza de la provincia brilla en la mirada desamparada de la novia olvidada con ojos inusitados de sulfato de cobre, esos ojos que todos hemos llegado a ver en algunas mujeres mexicanas. Nada más pobre que esas miradas que recuerdan al minero que extrae el cobre de la tierra, el cobre que en esos versos le da color tanto a esa tierra como a los ojos de la novia desamparada. La fuerza de la obra de López Velarde me hizo recuperar un viejo recuerdo: la Patria. ¿Quién habla hoy de la Patria como lo hizo López Velarde? ¿Quién podría decir hoy que la Patria es “impecable y diamantina”? El amor del pintor que llevó a cabo el mencionado homenaje, así como el del poeta, por aquello que ellos llaman “Patria”, ha sido un auténtico medio de contraste para exhibir mi desamor por esa entidad que no veo más: “La Suave Patria”. Quizá simplemente estoy des-patriada, huérfana de Patria. ¿Qué decir acerca de lo que espero, acerca de lo que preveo para México? Pareciera que vivo rodeada de personas a las que les resulta evidente que sienten una Patria, que se entristecen por ella o se enorgullecen de ella...

Yo ya no siento nada. No sé más qué quiere decir esa palabra, es para mí como un concepto hueco, sin referente. Y sé bien a qué se debe. Es una forma de protegerme de lo inevitable, es una manera de hacerme dura ante la derrota, ante una Patria tan amada como vencida. Vencida ante el miedo y la violencia, vencida ante el hecho de haberle dado a la vida dos hijos y no haber-

les podido dar un lugar seguro para vivir. Vencida. ¿En verdad nuestra Patria no tiene remedio? ¿El único remedio es huir del país para los que puedan hacerlo, o resignarse a vivir con miedo? Tendría que comenzar por comprender qué es eso a lo que llamamos “Patria”.

En nuestro idioma el concepto “Patria” alude al padre de todos: no decimos “Matria”, sino “Patria”. Igual sucede en otros idiomas: la Patria es la *father's land*, el lugar en donde ha nacido el padre, el lugar del propio padre. De hecho en un sentido estricto deberíamos decir “el” patria, no la patria. El concepto “Patria” responde entonces a que el lugar del padre era el lugar de la familia: viene de una época en la cual el dueño de la tierra era el padre, de modo que la tierra de éste, era la de sus hijos. Patria es en ese sentido la tierra del padre y por lo mismo propia tierra, la que pertenece a uno mismo y en donde por lo mismo uno se encuentra seguro, pues es la propia casa. La tierra del padre es el lugar en donde nadie puede dañarnos, el lugar en donde hay alimento para todos, en donde nadie pasa frío, en una palabra, el hogar. La patria es, en ese sentido, una extensión del propio hogar.

Con toda razón, esos versos de López Velarde me parecen tan lejanos: ¿quién podría decir hoy que la Patria es el lugar en donde se puede estar seguro, o en donde todos tienen sustento? De hecho son muchas las personas que me han comentado que hoy en día, parte de la experiencia de viajar al extranjero conlleva la sensación de no tener que estar con miedo todo el tiempo: es un alivio temporal. En cualquier otro país no es tan imprescindible cuidar la propia integridad física ni las propias pertenencias como debe hacerse en la propia casa. Esto sería equivalente a sentirse con más seguridad y confianza en la calle, rodeada de extraños, que en la propia casa, con la familia. No se puede vivir así. No se siente estar en el hogar, no se siente la Patria. Pero quienes a eso hemos llegado quizá debamos tomar conciencia de que el riesgo es quedar pasmados, tornarse pasivos, vivir de manera temerosa, vigilante, y no hacer nada.

¿Qué hacer, pues? Analicemos brevemente el problema. Éste no radica únicamente en el crimen que se ha organizado en torno al narcotráfico, aunque sin lugar a dudas ésa sería la causa más señalable. Pero detrás de ella hay algo que urge ver y tomar en cuenta. Deberíamos pensar en qué condiciones ha surgido en México tanto el narcotráfico como el crimen organizado, esto es: a qué responde esto que estamos viviendo. Y la respuesta es quizás una, pero se despliega en dos vertientes.

Por un lado, están sin lugar a dudas las condiciones materiales reales en las que vive el más alto porcentaje de los habitantes de nuestro país. Todos sabemos que el hombre más rico del mundo es mexicano y vivimos rodeados de su imperio, somos dominados por él y para él trabajamos. Basta con usar el teléfono para apoyarlo,

por hacer tan sólo una referencia. Y sin embargo en este mismo país encontramos también miseria alarmante. No apelaré a estadísticas ni a índices en los que no creo. Basta con salir a la calle para enfrentar la pobreza y la indignidad, al igual que basta con ir al campo para corroborar las condiciones en que viven millones de mexicanos. Seguimos siendo, como lo dijo Humboldt, dos países: México no existe, existen dos Méxicos divididos: el de los ricos, los más ricos del mundo, y el de los pobres, que cuentan con agua pintada de café, frijoles y neumonía. ¿Será que algún día los ricos de México lo entiendan y pidan pagar más impuestos, y en lugar de hacer caridad se comprometan en verdad con auténtica solidaridad, con la miseria y el dolor de su país? Pero me dicen que han comenzado a hacerlo. Que algunos de ellos han donado la mitad de sus bienes. ¿Qué pasa entonces con los ricos mexicanos? ¿Tampoco ellos tienen Patria? ¿No tienen padre ni madre? O quizás olvidan que el padre de todos es ese Patria, y la madre de todos es esa Matria, y actúan como si no los tuvieran...

Ha sido ese abismo entre los dos Méxicos lo que nos impide ser un solo país, lo que nos impide sentir una patria. Y eso mismo ha conducido al individualismo más radical, en donde el rico se ocupa de su dinero y el pobre de cómo robárselo. El narcotráfico y el crimen organizado forman parte de esa compleja realidad. Con lo anterior no quiero justificar ninguno de estos fenómenos: nada más lejos de mi intención. Lo que me interesa es señalar que el país ha sido un caldo de cultivo para el nacimiento de estos fenómenos a raíz de la pésima distribución de la riqueza y la pésima distribución de la justicia.

Y con todo, aun detrás de todo esto, hay algo más. La mala distribución de la riqueza tiene aun una causa última que, si se me permite, puedo expresarla mejor con palabras de Platón: "Todo tiene su origen en la educación y a la vez es resultado de ésta". La ausencia de valores en que vivimos responde a un hecho lamentable: no hemos educado al país. Nos resulta sorprendente la falta de civismo y ética de nuestra gente, pero lo único que se nos ocurre precisamente en este momento es expulsar de la matrícula de educación básica la educación cívica y la ética. Y luego nos alarma que tantos jóvenes participen en el narcotráfico, o que participen en el crimen organizado. Nos sorprende que un niño de nueve u once años asesine, que sea un experto sicario del crimen organizado, pero ¿quién le explicó alguna vez las razones por las que no debería hacerlo? ¿Quién se ha ocupado de su psique, de su hambre, de sus necesidades más básicas? Resulta una burla grotesca que ante esta situación, la gran respuesta de nuestro gobierno sea excluir de la educación básica la ética y el civismo.

Desde el ámbito filosófico, la ausencia de valores actual remite a aquello que Nietzsche llamó "el más in-

quietante de todos los huéspedes": el nihilismo. Sólo que no hay que olvidar que la etapa final del nihilismo nietzscheano implica la superación del mismo nihilismo, esto es: para este pensador era necesario desechar los viejos valores no para quedarse en la nada, en la errancia sin un norte y un sur, sin un referente para la acción. Nietzsche diferenciaba entre el nihilismo incompleto y el nihilismo consumado. El primero, simbolizado en *Así habló Zaratustra* por el León, implica la ruptura con los valores tradicionales. Pero eso no basta: es necesaria la creación de nuevos valores que honren a la vida y al ser humano. En la misma obra este momento se representa con la figura de un niño, símbolo de la creatividad y de la inocencia. Vivimos ahora en un nihilismo incompleto: no hay valores y todo se dirige a satisfacer eso que Spinoza llamaba "el más amado yo". Sin valores y en el más radical egoísmo, ¿qué podemos esperar para el 2012? Que todos los Slim de México sigan igual, que los secuestradores sigan secuestrando, que la corrupción continúe, y que esa entidad que llamamos "México" siga siendo una Patria dividida.

Mientras no comprendamos el papel de la educación en una sociedad como la nuestra, no podremos salir adelante. Si lo que viene para el 2012 no implica una reconsideración del papel de la ética y la educación cívica no sólo en la educación primaria, sino en todo el país, no puede venir nada bueno. Hemos dejado la educación en manos de aquellos que lo único que les interesa es levantarse a las cinco de la mañana para revisar la bolsa de valores. Hemos dejado la educación en manos de la publicidad, que en el fondo tan sólo le interesa defender valores que custodien sus bienes, como resulta evidente en la descarada moralina de los anuncios contra la piratería. A un pueblo que no tiene educación básica, el gobierno le da inglés y computadoras, y Slim le da un museo con obras de Rodin. No me opongo al inglés, a las computadoras ni a Rodin. Pero es evidente que haría falta algo mucho más básico para educar a nuestro país: educación ética, una gran campaña de educación ética, que en el fondo es la educación para el civismo y la buena política.

Aunque, como dijo el poeta, yo no quiero una Patria dividida, me quedo en esta Patria dividida, a hacer lo único que puedo: intentar educar. Difundir la cultura. Educar dentro y fuera de la UNAM. No es mucho, pero es lo que yo puedo ofrecer. Y creo que quizás ésa sea una posible salida: si cada quien hace o intenta hacer bien aquello con lo que se ha comprometido, algún día tendremos otra vez una Suave Patria. Y más que nadie el secretario de Educación y los encargados del gobierno de nuestro país deben tomar conciencia de ello, para que en un futuro la dureza, la inhospitalidad y la crueldad de la actual Patria quede atrás, como el recuerdo de una pesadilla. **U**